

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

ACCIÓN DE LA TEOSOFÍA

De algunos años á esta parte estamos en plena reacción espiritualista. Después de su momentáneo triunfo, el Positivismo decae; la religión de la Humanidad sufre el efecto de su propio contrasentido, y esta tentativa de culto ateo sirve apenas para demostrar cuán inconsistentes son todos esos templos que la razón humana eleva, si no tienen por base una afirmación de fe. No se me escapa la trascendencia del sistema que Comte fundó; sabiéndolo, no incurriré en el error de suponerle mala fe ó ignorancia: ello era el resultado lógico de aquel ambiente humanitario, tan ingénuo como simpático; que surgió de las teorías predominantes cuando se produjo la aparición de esa doctrina. Se estaba en la época de los sistemas definitivos; el materialismo ganaba sus primeras batallas; el socialismo nacía como una aspiración tanto más fogosa cuanto menos sólidos eran los cimientos de su buena intención; los revolucionarios del 48 producían sus valientes apóstrofes, labrando en madera tribunicia el timón que la zozobrante nave requería. (1) Cábele á Augusto Comte el honor de haber sabido calcular todo lo deleznable de semejantes construcciones, intentando por su ya célebre síntesis, la conciliación entre aquellas novedades que renegaban de la antigüedad, por

(1) La teoría histórica de Taine, aunque posterior, tenía un origen semejante. Se creía que la ciencia había pronunciado su última palabra, edificando sobre esta suposición los pretendidos sistemas definitivos.

que no la comprendían, y lo que ésta tenía, en su sentir, de vital y de imperecedero.

El intento fracasó, como ha de fracasar siempre toda sistema que no esté fundado sobre la afirmación del Absoluto. El Absoluto es tan indesalojable del espíritu humano, que todas las afirmaciones indemostrables, la *unidad*, el *espacio*, lo *infinito*, no son más que manifestaciones de esta tendencia.

Fundar un sistema, y peor aún, una religión, sobre el conocimiento adquirido, es decir sobre el relativo perceptible, importa erigir la duda en dogma fundamental; hé aquí porqué la filosofía positiva, si ha producido casos aislados de santidad, en un sentido puramente humano, no ha tenido la influencia social que su fundador se proponía. No hay religión posible sin misterios y podría decirse que no hay religión posible sin absurdos, con mayor fundamento aún. El absurdo, en este caso, sería la verdad sentida é indemostrable, que produce la fe. El *Credo, quia absurdum* de Tertuliano, que tanto regocija á la idiocia libre-pensadora, es una verdad, la verdad por excelencia para decirlo todo de una vez. La fe es un acto de amor, es decir un acto que nace del corazón; cree en el absurdo porque le basta *saber que cree* para subsistir; demuéstrasele su creencia: ya no creerá porque habrá empezado á saber. Afirmar el absurdo, que sería en nuestro caso el Absoluto, es garantizar eternidad á la fe. ¿Cómo se explicaría, de otro modo, la existencia de estas religiones que afirman la Trinidad, la Inmaculada Concepción, la Infalibilidad de un hombre, ante la matemática, la biología y la psicología que demuestran lo absurdo de tales afirmaciones? Si no se tratase de un acto de amor, hace muchos siglos que el edificio hubiera caído. Unicamente á ese acto de amor, á la fe para usar el vocablo preciso, se debe semejante maravilla. Hay milagro mayor, dice un padre de la Iglesia, que la creencia en el milagro mismo? (1) La persistencia de las religiones, está en razón directa del consuelo que producen: fundar una religión es realizar un acto de caridad. Todas las razones, todas las pruebas del mundo, no bastan para conmover una creencia; las religiones acaban cuando ya no satisfacen al corazón. Hoy, por ejemplo, el catolicismo se vá á causa de que ya no tiene de su lado á los que sufren. Para conocer á Dios, dice esta doctrina, no se necesita de ciencia, sino de amor. Conocen á Dios igualmente el letrado y el analfabeto con tal que ambos amen. La religión es, pues, un fenómeno de simpatía. Los que habiendo sido materialistas, hemos vuelto á Dios, conocemos perfec

(1 bis) El absurdo puede llegar á ser una verdad susceptible de demostración en un orden de ideas distinto á aquél en que se consideraba como tal.

tamente este fenómeno: llega un momento en que es preciso creer sin que uno sepa explicarse la razón de ello. Todos los argumentos contrarios están en pié; persiste, inatacable, todo lo que convence. No importa: al que vence, es decir el corazón, se impone á la lógica y al raciocinio. Se ha *sentido* á Dios, y la afirmación no tarda en definir el fenómeno diciendo: *creo* (2).

La reacción espiritualista que se nota en estos últimos años, obedece á igual causa. El mundo está sediento de afirmaciones. Todo el inmenso caudal de conocimientos no basta. Lo real sofoca, sin duda porque todo cuanto tenemos por real no es sino el espejismo ilusorio de una realidad que no se ve. La imaginación recobra presurosa el terreno perdido. En arte, el naturalismo fracasa; prefíérese la creación á la cópia, el símbolo á la descripción; en filosofía triunfa el idealismo sobre el determinismo; en religión, la Mística destrona á las vaguedades filantrópicas del humanitarismo; en política, la igualdad del sufragio universal, el soñado imperio de la mediocracia, cede el campo á la concepción gerárquica de una sociedad dirigida por el saber y la inteligencia. Asistimos á la más franca derrota del eclecticismo que no es sino una forma adecuada de la cobardía moral. Queremos religión, queremos que se nos afirme el Absoluto.

La Ciencia ingresa también, por su parte, en este gran movimiento. Sin quererlo, y aún sin notarlo, el materialismo ardoroso cambia de dirección. La Ciencia oficial aspira á la síntesis, y sus diversos ramos tienden á fundirse, determinándose por una sola ley. Cuando la ciencia encuentre esta ley, afirmará á Dios implícita y explícitamente al formarla, y Dios surgirá, como un concepto imperativo, por la expresión de la ley misma. El método positivo, aplicado sin conocimiento prévio de las grandes leyes naturales, solo ha producido clasificaciones tan pueriles como pesadas. La Ciencia posee una voluminosa nomenclatura de elementos dispersos, cuya causa ignora é ignorará mientras se obstine en no referir sus adquisiciones á una ley general, por hipotética que sea. Nos encontramos en presencia de un curioso fenómeno: tenemos por delante un brioso caballo ensillado y apercebido á la marcha. El estudio de este animal y sus arreos nos permite describir minuciosamente cómo está formado, qué número de músculos y pares nerviosos posee, qué cantidad de sangre corre por sus venas, cuántas vértebras componen su espinazo, cuántos dientes amueblan sus quijadas y cuál es el peso de su organismo. Además, hemos analizado el metal de su freno, y

(2) La fe es sentimental en su origen, pero intelectual en sus manifestaciones; inspirada por el sentimiento, es la inteligencia quien la dirige.

sabemos qué reacciones químicas produce la secreción salivar del animal sobre el mencionado aparato; hemos hecho lo mismo con sus herraduras y en cuanto á la silla y al mandil, averiguamos también el peso, la forma, los materiales que los componen, sin que el más insignificante clavo escape á nuestras investigaciones. Pero resulta que con todo esto no sabemos dirigir al animal, montarle, y aprovecharnos de su fuerza. Es un ligero contra-tiempo, mas nuestros conocimientos no alcanzan á remediarlo. Entretanto, llega un transeunte cuyo saber consiste únicamente en el correcto manejo de las riendas y en la conservación del equilibrio sobre el lomo de la bestia. Excusado es decir que será éste quien se aproveche de aquélla, con gran sorpresa de nuestra sabiduría.

La ciencia moderna es el mal jinete de nuestro ejemplo; no sabe cómo ha de servirse de su caballo y ni siquiera se preocupa de averiguar si éste sirve de algo. Para ello sería preciso que confiada en sus fuerzas afirmara previamente su capacidad por medio de un acto de dominio y de posesión. El análisis comparativo, el estudio diferencial, vendrán después, á fin de multiplicar por el conocimiento el provecho de la fuerza adquirida.

El imbécil griego que decía: «yo no entraré en el agua hasta que no sepa nadar», expresaba una tendencia análoga á la que sustenta la ciencia contemporánea. No diremos que ésta proceda imbécilmente, pero lo cierto es que el griego aquél era un imbécil.

Hay que afirmar primero, analizando después. Si la afirmación era exacta, el análisis la confirmará, si era errónea demostrará el error y nada se habría perdido. Esto en el caso más desfavorable de una hipótesis irracional. Pero hay afirmaciones eternas, aunque indemostrables y ellas eran los cimientos de la ciencia antigua. Sobre una de estas afirmaciones—la Unidad,—reposa precisamente la matemática, la única ciencia exacta, para hablar el triste lenguaje de nuestros sabios, que supone, por contra, una ciencia inexacta, es decir un contrasentido inadmisibile. La ciencia antigua tenía de vanguardia á la filosofía, que por definición debe estar antes de la ciencia misma, puesto que es el amor de la ciencia. La filosofía afirmaba entregando á los métodos la discusión de sus afirmaciones; entre tanto, se trabajaba, y nadie dirá que este procedimiento quitara nada de su interés á la experiencia y al análisis. Por el contrario, los vigorizaba puesto que les definía un rumbo.

No hay más que una materia y una fuerza, decían los filósofos de la antigüedad; de consiguiente no hay más que una ley, á que debe referirse todos los fenómenos, por identidad de origen. La experimentación y el análisis confirmaron esta hipótesis fundamental, y apresúrome á decirlo: la

experimentación y el análisis modernos no hacen otra cosa. Por el momento, hemos llegado ya á la unidad de la fuerza. La ciencia está obligada á aceptar la unidad de la materia, por la extensión del concepto que de ambas tiene. Ha dicho ya que no hay fuerza sin materia ni materia sin fuerza, aceptando que estas dos entidades son concurrentes por el sentido á la expresión de una misma potencia. Afirmar una, no equivale, sustancialmente, á afirmar la otra. ¿Si las cree congruentes, porqué se detiene? En filosofía, como en todo, hay también una ley de honor, y ésta exige que se apure la lógica hasta sus últimas consecuencias. La ciencia pide, acaso, hechos? Los tiene.

Falta aún la sancion oficial, pero todo el mundo considera vanas las distinciones entre química orgánica é inorgánica: esto es ya un principio de síntesis; esto quiere decir, además que se acaba de hallar una ley secundaria cuyo leal desarrollo puede conducir á las más inesperadas afirmaciones. Por ahí se ha de llegar al conocimiento de que todos los fenómenos químicos no son, al fin más que los cambios físicos operados en la constitución esencial de los cuerpos. Si se piensa en que todas las reacciones y combinaciones no son mas que integraciones y desintegraciones moleculares (y modificaciones de la orientación atómica, añadiré) se entenderá perfectamente lo dicho. La alotropía empieza á confirmar estas predicciones, y si se tiene en cuenta, además, que los cambios físicos son sencillamente fenómenos mecánicos, la ley científica mencionada más arriba, *la ley única* de la antigüedad, será, aunque vagamente, comprendida en conjunto. Si pasamos al campo de la biología, hoy en moda, llegaremos también á conclusiones análogas. El crecimiento y la agregación son dos caracteres de un mismo fenómeno. ¿Quién podría establecer diferencia entre el crecimiento de un feto, de un árbol y de un cristal? ¿Hay manifestación consciente en ninguno de los tres casos? El crecimiento del cristal, del arbol y del feto, es fatal en determinadas condiciones, y si todavía no se dice «biología mineral,» es porque la distinción entre orgánico é inorgánico sigue produciendo sus consecuencias.

La filosofía antigua sabía todo esto y su potente simbolismo lo demuestra con entera claridad. Una materia y una fuerza, decía, el pasivo y el activo de la Substancia Manifestada, las dos cualidades de la unidad, que actúan sin disgregarla, como sucede en un imán, el cual no deja de ser uno porque en sus polos se manifiesten dos cualidades opuestas y análogas. (3) Esta era

(3) La estabilidad del imán, así como la de todo cuerpo (pues todo cuerpo es un imán) depende de la subsistencia de estas cualidades, como ellas, á su vez, de la estabilidad de aquél. «Lo que está arriba es como lo que está abajo», dice la Tabla de Esmeralda de Hermes, clave de la ciencia oculta.

la ley general, y por eso, determinar un solo orden de hechos ó ideas, equivalía á encontrar la ley de todos los demás, cualesquiera que fuesen, por analogía. (4) Por esto la ciencia antigua *sabía* más que la moderna, aun admitiendo que *conociera* menos, lo cual es muy discutible. Marchaba por un camino conocido sabiendo de antemano que todo cuanto descubriese estaba dentro de su filosofía, y le bastaba recoger lo que encontraba para enriquecerse. Como los devotos del actual método positivo, no se preocupaba de lo que iba á encontrar, porque sabía que todo cuanto hallara concurriría á la confirmación de la ley única.

Hoy, la anarquía científica, desligada de la filosofía, no se atreve á afirmar nada porque reconoce implícitamente la poca consistencia de sus cimientos. El papel de la filosofía es el de un comentador y nada más; ya no anuncia, ya no descubre nuevas vías á la experimentación. La filosofía moderna es toda lógica, y aceptar esto equivale á demostrar que ya no sirve sino como instrumento de discusión; los polos de la antigua brújula están trocados, y por esto su función actual es terriblemente estéril; la propia derivación de su lógica la lleva al pesimismo materialista ó idealista, (5) y forzoso es venir en que dadas las ideas actuales, el pesimismo es la única síntesis posible. La ciencia moderna aprecia los hechos en sí, nada más; no intenta referirlos á la causa (ó causas si se quiere) que los produce. Toma los hechos como piezas de un mosaico desparramado, para estudiar cada una separadamente, dejando que persista el desorden. Su misión debiera ser, por el contrario, y esto empieza á sentirse, reconstruir el mosaico, restablecer el orden de las piezas centrales, para que las demás vayan encajando por adaptación de las líneas salientes, ó aristas, en las líneas entrantes, ó huecos, análogas

(4) La ciencia moderna acepta igualmente la analogía como base de criterio. El siguiente ejemplo, tomado de Darwin, es elocuente: « El abejerro visita únicamente el trebol rojo, porque las demás abejas no pueden alcanzar el néctar de sus flores

« Podemos, pues, considerar como muy probable que si el género abejerro desapareciese, ó se volviera raro en Inglaterra, el pensamiento y el trebol rojo se volverían también muy raros ó desaparecerían completamente. El número de los abejorros en un distrito cualquiera depende en gran parte del número de ratas que destruyen sus nidos y sus depósitos de miel: ahora bien, el coronel Newman, que ha estudiado mucho las costumbres del abejerro, cree que más de los dos tercios de estos insectos son destruidos así cada año en Inglaterra. Por otra parte, se sabe que el número de ratas depende esencialmente del número de gatos, y el coronel Newman añade: « He notado que los nidos de abejerro son más abundantes cerca de las aldeas ó pequeñas ciudades, lo que atribuyo al mayor número de gatos que destruyen las ratas. » Es perfectamente posible, entonces, que la presencia de un animal felino en una localidad pueda determinar en ésta la abundancia de ciertas plantas, en razón de la intervención de los ratones y de las abejas. » (*El origen de las especies* pág. 79).

(5) Materialismo è idealismo son dos negaciones; uno por exagerada restricción, otro por exagerada ampliación de la personalidad, tienden á suprimirla afirmando de consiguiente que la libertad no es más que un concepto. Los materialistas, sosteniendo el despotismo con Maleschott, y los idealistas proclamando con Nietzsche «neronismo», demuestran que las dos *nadas* coinciden en definitiva.

y opuestas entre sí. Tal era el procedimiento de la ciencia antigua. La armonía, es decir el orden, asentaba, resulta de la analogía de los contrarios (6) Estos contrarios son pares, un activo y un pasivo que por la acción mútua del uno sobre el otro producen el equilibrio. Así, en el orden físico, el elemento activo (atracción) tiene por análogo opuesto la repulsión, y ambos producen el movimiento; en el orden social, la libertad (positivo) tiene por análogo opuesto al deber y ambos producen el poder; en el orden moral, la caridad (positivo) tiene por análogo opuesto el derecho y ambos producen la justicia. Por último en filosofía tenemos la hipótesis y el conocimiento (activo y pasivo respectivamente) que engendran la teoría. (7). ¿Confirmó la aplicación esta hipótesis? ¿Fue ella verificada hasta ingresar al rango de teoría? No cabe duda.

La ciencia antigua comprobó todo esto, pues procediendo con arreglo á tal hipótesis llegó á resultados positivos. La alquimia basaba sus transmutaciones en la unidad de la materia y de la fuerza; la astrología en la analogía. (8). La ciencia moderna sonríe ante los símbolos alquímicos y los horóscopos astrológicos, cuyo significado no conoce. Pero, usando del mismo derecho de ignorancia, ¿no podría cualquiera sonreír también ante esas letras coronadas por numeritos, que espresan combinaciones? El absurdo, si lo hay, está de parte de la ciencia moderna, que acepta los signos del Zodiaco, por ejemplo, sin comprender su significado. Lo malo no está en el símbolo, sino en la interpretación. Un símbolo sin clave, es un cadáver; un símbolo mal interpretado, es la expresión de lo irracional ó de lo estúpido. Pretendería la ciencia burlarse de las transmutaciones? Pero que otra cosa realiza todos los días en sus gabinetes de química? Le bastaría á la ciencia mirar una planta para comprenderlo. La piedra filosofal, se dirá, es, entonces, posible? Y porqué no? Eso de la transmutación de los metales no es mas que alotropía pura.

(6) Contrarios no quiere decir antagónicos, pues el antagonismo no existe en la Naturaleza; el antagonismo es la disconformidad del espíritu con las leyes eternas, y de consiguiente reside en el espíritu mismo. El antagonismo es el mal, es decir, absurdo, como se demuestra con enunciarlo: así el antagonismo del movimiento, sería el reposo absoluto; el del poder, la igualdad absoluta; el de la justicia, la tiranía absoluta. Concebir el antagonismo equivale á suicidarse, pues, como tal idea no encontrará en qué ejercitarse, refluirá sobre su autor y se cumplirá á sus espensas, dividiéndolo. « El que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios y los que la resisten, ellos mismos atraen á sí la condenación. » (S. Pablo, Rom. XIII, 2.)

(7) La exaltación de estos órdenes ó armonías, se expresa por el abjetivo *sublime*; así en filosofía la exaltación de la teoría produce el apostolado; la de la justicia en moral, el heroísmo; la del poder en sociología, la gloria; la del movimiento en física, la luz; en química la sublimación. La fe y la razón no intervienen como *pares*, á pesar de la apariencia, porque la fe es razón intuitiva. Sin embargo, esta razón intuitiva, opuesta á la razón adquirida, por demostraciones dá como resultado la sabiduría, y lo sublime se convierte en di vino.

(8) Véase la nota 4.

Acelerar ó retardar la vibración atómica y modificar la orientación de los átomos. es cambiar fundamentalmente la naturaleza del cuerpo tratado. Los caracteres diferenciales de los cuerpos no son mas que distintos modos de la agregación atómica. Cambia el color según que la vibración esté retardada ó acelerada; cambian, por razón del nuevo acomodo atómico, las constantes químicas, puesto que las combinaciones no son mas que acomodamientos; cambia igualmente el peso, que no está determinado solo por la masa, como se cree, sino también por el mayor ó menor movimiento vibratorio, cuyo resultado es la mayor ó menor fuerza centrípeta y centrífuga del cuerpo con relación á la tierra. Y todo esto se ejecuta por la translación del centro vibratorio ó punto equivalente del cuerpo, dentro de su masa. La ciencia moderna no puede hacerlo, porque antes tiene que conocer la existencia de tales asuntos y saber servirse de ellos. El camino le ha sido abierto; la materia radiante de Mr. Crooks anuncia, aunque vagamente, que un nuevo modo de considerar la energía se impondrá dentro de poco. A medida que la materia se enrarece, la fuerza aumenta; esto ha sido demostrado *con hechos*, y se puede añadir que tal fenómeno acontece porque se está mas cerca de los centros de fuerza. Estos centros son los puntos de convergencia de las vibraciones atómicas, creados por ellas y de los que ellas emanan á su vez. Cada edificio atómico, puede decirse, tiene por base uno de estos centros, y toda su energía reside en ellos, Desplazarlos, equivale, pues, á modificar esencialmente la naturaleza del agregado ó edificio atómico y cuando el desplazamiento saca el centro en cuestión fuera de los límites del agregado, la energía queda libre y la disgregación atómica se produce. La cantidad de esta energía, acumulada en un simple guijarro es casi incalculable. Tyndall afirmaba que el puñado de nieve encerrado en la mano de un niño contiene energía suficiente para elevar en el aire una montaña. (9). Hé aquí la fuerza que poseía la antigüedad y que volverá á poseerse algun día. Entonces todos esos problemas declarados ahora insolubles, el movimiento perpétuo, la generación metálica, la cuarta dimensión del espacio, serán resueltos, se convertirán en realidades, y la ciencia adquirirá la certeza de rumbo que hoy le falta.

Desgraciadamente, la ciencia en vez de considerar las modernas teorías del movimiento, como demostración de que todos los fenómenos pueden ser referidos á una misma ley, por identidad de origen, se pierde en las estre-

(9) Nótese que la pólvora de inflamarse solo desprende la energía que mantiene unidas sus particulas, no sus moléculas, y mucho menos sus átomos.

cheses del criterio unilateral. «Todo es movimiento,» dice, y esta afirmación, lógicamente desarrollada, puede tener consecuencias muy graves. La ciencia ha creído durante un tiempo que la fuerza era una emanación de la materia. ¿No la llevaría su concepción actual, su «todo es movimiento,» á la afirmación de que la materia es una emanación de la fuerza? La filosofía empieza á adelantarse á esto, presintiéndolo, y el Idealismo nace afirmando: «el mundo es mi representación». La ciencia no llegará á conquistar el equilibrio, sino cuando acepte la filosofía antigua ó sus conclusiones, con cualesquiera otros nombres.

Pero, se dirá: ¿como llegaba la filosofía antigua á esas conclusiones? ¿Cuáles fueron las razones que motivaron su hipótesis fundamental? La respuesta es sencilla: la filosofía antigua no tuvo mas que hacer que afirmar la unidad al afirmar el yo, y el ternario y el septenario por el estudio del hombre. Su base fué la matemática, y ¿qué sistema filosófico podría aspirar á mayor solidez de cimientos? La ley matemática le dió, por analogía, el conocimiento de todas las demás. Su procedimiento como se vé, no pudo ser más sencillo. El «conócete á tí mismo» engendró el conocimiento del universo, por referencia del efecto á la causa. Es el mismo procedimiento racional, preconizado por todos los sistemas, solo que, en el de que tratamos, la lógica no considera al hombre como punto determinante, sino al todo, del cual éste forma parte. «Conócete á tí mismo,» es decir, conoce lo que hay en tí, para que por comparación conozcas lo que hay fuera de tí. Y como derivación de este principio, pudiérase añadir el «conoce en tí mismo» que sería la base del método positivo, verificador de la hipótesis. La matemática no hace otra cosa. Afirma el yo, lo cual equivale á encontrar la unidad, y en seguida refiere á esta afirmación sentida aunque indemostrable sus observaciones. La identidad de procedimiento, salta á la vista.

La afirmación no puede ser tachada de errónea ó antojadiza, puesto que, como he dicho, es el resultado de una sensación percibida, y ésta constituye un criterio de verdad. Por lo demás, la ciencia moderna, acepta este género de afirmaciones: la unidad misma, el espacio, el movimiento, son afirmaciones sentidas aunque indemostrables, son realidades, desde que se las acepta como bases.

Y lo oculto? se preguntará; ¿por qué se oculta á los ojos de la masa lo que, según se afirma ha de contribuir á su felicidad y á su progreso? ¿No es esto un contrasentido que tal vez no hace sino disimular una farsa?

No; la ciencia no oculta nada; la ciencia deja descubrir. Cree que la adquisición de un poder cualquiera está en razón directa del grado de adelanto que

alcanza el descubridor, y afirma que antes de haberlo alcanzado, es imposible adquirir aquel poder. La ciencia no puede confiar sus descubrimientos á quienes por no saber manejarlos, los desviarían con miras aviesas haciendo de ellos perjudiciosos instrumentos. Por otra parte, si la Ciencia hablára á los ignorantes, éstos no la comprenderían. Un hombre que hubiera alcanzado la fuerza suficiente para levantar en sus brazos un cañón, como los hércules de féria, por medio del ejercicio y de la gimnasia, comunicaría en vano á un niño el secreto de sus procedimientos: éste no levantaría el cañón, sino después de haber *practicado* como el hombre, La Ciencia enseña el procedimiento, dá las bases; el que quiera hacer como ella, colóquese antes en situación de hacerlo. La posesión de la verdad no se adquiere por medio de comunicaciones; antes es menester conocerse *á sí mismo*, para conocer después *en sí mismo* la verdad á que se aspira. El vulgo es quien ha dado á la Ciencia el calificativo de *Oculto*. Pero la Ciencia que es la posesión de la verdad, no es oculta sino para los ciegos. Solo estos pueden reprocharle una obscuridad que está en ellos mismos. Además, la *Ciencia* abarca un concepto mucho más vasto que el que hoy le atribuyen. Hoy se la define como «la aspiración á la verdad», cuando, según se ha dicho, es «la posesión de la verdad»; es sabio no únicamente el que conoce hechos, éste será, si se quiere un erudito. Para ser sabio es preciso *saber* las leyes del universo, sentir la belleza, y practicar la moral; conocer, en una palabra el conjunto, y proceder en consecuencia. Esto significa la posesión de la Verdad. (10).

La doctrina teosófica está espresada en el párrafo anterior, y si algo se necesitara todavía para justificarla, el movimiento científico á que ha dado origen sería la más brillante prueba.

La teosofía aspira á la síntesis, demostrando, en moral, el origen común de todas las religiones; (11) en ciencia, la ley única que engloba todos los conocimientos; en sociología, la solidaridad, que será el triunfo definitivo de la paz.

LEOPOLDO LUGONES.
M. S. T.

(10) Ya comienzan á oírse voces en este sentido dentro de la misma ciencia oficial. El profesor Trousseau en su *Introducción a la química de l'Hôtel-Dieu*, pág. 39, dice: « Vosotros, que tenéis alrededor abundancia de medios, gastados, enervados, hartos por lo que tan abundantemente se os ofrece, no sabéis sino recibir y tragar, y vuestra inteligencia perezosa, ahogada por la obesidad, muere improductiva. » Por favor, un poco menos de ciencia y un poco más de arte, señores!

Y Claude Bernard, *Science Experimentale*, pág. 366: « La ciencia no contradice las observaciones y axiomas del Arte, y yo no soy de los que admiten y pretenden que el positivismo científico debe matar la inspiración. Según mi opinión, sucederá necesariamente lo contrario. Tengo la convicción de que cuando la fisiología haya avanzado más, llegarán á entenderse el filósofo, el fisiólogo y el poeta. » Es la aspiración del conde J. Maistre, magníficamente expresada.

(11) Comunes en origen, no quiere decir igualmente buenas, como por lo general se supone. La religión mejor, será aquella que esté más en armonía con la civilización.

EL AMOR

El amor perfecto, síntesis de la vida y de la felicidad, no existe en la tierra, punto ínfimo del universo, en donde apenas se inicia el desarrollo de la vida consciente y donde la felicidad no es más que una visión tan imperfecta como fugaz.

Aquí, en este primer peldaño de la mística escalera que sube á la eterna morada de la Bondad y de la Belleza absolutas, el amor, solo puede ser sufrimiento, porque sufrir es purificarse y purificarse es ascender.

Tan es cierto que tenemos necesidad de dolor que, mientras en el fondo de todo goce encontramos un eco de indefinida amargura, en las penas más atroces hallamos una misteriosa voluptuosidad, que nos impele á ocultar celosamente el desgarramiento de nuestra alma á las miradas profanas, casi temiendo la profanación de nuestro martirio.

El egoísmo del dolor es conocido por los que no conocen aquel del placer.

Esta necesidad de amar que es inseparable de toda manifestación de la vida, adquiere todas las modalidades, desde el amor de la madre que solo vive por el hijo, hasta el del Cristo que muere por la salvación de todos. El amor, no solo es causa inicial sino tambien final de la creacion, puesto que ha de llegar el dia en que, todas las unidades conscientes que han ido formándose en este mundo, constituyan, gracias á él, una sola potencialidad, poder creador de los mundos futuros.

Pero, antes que tenga lugar la unión de las múltiples unidades que son las notas infinitas de las que emanará la perfecta armonia, esas unidades necesitan formarse mediante la fusión de las dos diferentes mitades, destinadas á completarse mutuamente. Son estas las opuestas corrientes espiritualizadas que se buscan y se atraen hasta que acaban por chocar y juntarse definitivamente, sin que ninguna pierda sus propias cualidades, pero aumentándolas con las de la otra. Así se cumple la ley que establece que el equilibrio resulte de la perfecta unión de los dos polos opuestos; ley que tiene su primera aplicación en la creación, que es el resultado de la fusión de la mitad positiva, ó sea el Espíritu, con la mitad negativa, la Materia.

Estas líneas tienen solo por objeto el tratar de la misteriosa atracción que, bajo el nombre vulgar de amor, es la causa primera del acercamiento de

las dos mitades conscientes, destinadas á formar la ideal pareja en que se realiza la unidad perfecta.

Ya se ha dicho que el amor perfecto no existe en la tierra, lugar donde la felicidad no es posible, por ser la tierra el crisol donde se elabora el espíritu mediante el sufrimiento, compañero inseparable de la experiencia.

Es aquí el lugar donde las mitades espirituales, destinadas á completar la unidad en la dualidad, adquieren la perfección individual que necesitan antes de hallarse en condiciones de unirse para siempre. Esta fusión se efectúa al través de una larga y dolorosa peregrinación porque, aunque en realidad no haya más que una sola alma destinada á ser el complemento de la otra, el acercamiento recíproco no se verifica sino al través de mil errores y obstáculos, consecuencias del medio ambiente y del poco desarrollo de nuestras altas facultades.

Juguete de los sentidos, aun esclava de la brutalidad, comienzo de la existencia animal; víctima del espejismo de las formas transitorias que se confunden con la esencia, la infinita mayoría de los hombres no está en condiciones de apreciar debidamente las sensaciones experimentadas á la vista de una persona de otro sexo, y confundiendo casi siempre la apariencia con la realidad, toma por amor lo que no es más que una sensación destinada á desaparecer juntamente con la forma que le dió origen, y que, en vez de apresurar, atrasa la unión de los dos seres que deben fundirse en uno.

En los múltiples casos de pasión ciega y pasajera, las víctimas de la ilusión creen haber encontrado la felicidad perfecta. ¡Desdichados! Más alto habrán creído elevar el vuelo, más habrán descendido al abismo, pues para remontarse á las excelsas regiones de la luz, otras álas se requieren que las formadas de barro.

No se quiere decir con esto que, la atracción de los que están predestinados á amarse de veras, deba ser exclusivamente espiritual; nó, en este plano de la existencia en que el espíritu se vá elaborando al contacto de la materia, la perfección relativa consiste en el justo equilibrio de la esencia con la sustancia y no puede existir atracción de almas cuando sus envolturas se rechazan porque éstas, superficialmente, son la manifestación de aquéllas.

Pero, como la felicidad absoluta, consecuencia de la perfección, pertenece á otras esferas, cuando chocan entre sí dos mitades espirituales, fracciones de la unidad embrionaria, muy difícilmente se encuentran en condiciones de realizar su completa unión en la tierra. El encuentro tiene lugar con tanta mayor frecuencia, cuanto más idéntico es el recíproco adelanto, pero como

el atraso sigue existiendo, necesitan pasar por sufrimientos que las habiliten para actuar en otros planos de la existencia, donde la felicidad es una realidad y las dichas terrenales son tinieblas y silencio.

Podríase ciertamente objetar que, no hay base positiva sobre qué fundar la teoría que define las almas como mitades destinadas á equilibrarse para formar la perfecta unidad. Pero, si nos atrevemos á levantar una punta del velo que cubre el misterio de la creación, apoyándonos sobre científicas investigaciones de la naturaleza, encontraremos que, tomando la electricidad estática como primera manifestación de la materia, para poder actuar convirtiéndose en dinámica, necesita bifucarse en dos corrientes, la positiva y la negativa.

Ahora bien, admitiendo que, así como existe la esencia de la materia, inseparable de ella exista también la esencia latente de la inteligencia, sería lógico suponer que, siguiendo el mismo procedimiento, la masa espiritual, por así llamarla, se divide en dos mitades, masculino y femenino, ó sea positiva y negativa.

Estas mitades, no bien definidas en su desarrollo inicial, como lo comprueban las primeras manifestaciones del reino animal, por medio de una incalculable evolución han de llegar á constituir la mitad típica que, aunque siga perfeccionándose, ya no se altera en esencia.

La una es la energía, la voluntad y la acción; la otra es la belleza, el sentimiento y la asimilación. Las dos están destinadas á equilibrarse y completarse fundiéndose en una.

La suprema armonía del Universo emana de la infinita variedad de notas que lo componen, ninguna absolutamente idéntica á otra; pero como nosotros no somos sinó una mitad, forzoso es deducir que únicamente otra es la que nos corresponde.

Por eso, antes que se determine la afinidad que ha de producir la irresistible atracción, ambas mitades deben adquirir sus respectivas cualidades; por eso, por más predestinados que estén á formar la misma nota, tienen los que se aman necesidad de un sufrimiento que no darian en cambio de goce alguno.

Sufran pues y esperen las almas destinadas á vibrar al unísono eternamente, y en su dolor, hallarán la sola felicidad que por ahora les es permitida.

Luego, más tarde cuando este mundo no sea más mundo, cuando el ciclo de la prueba haya llegado á su fin, las mitades hoy separadas, ya purificadas y perfectas, se unirán indisoluble y eternamente para emprender así una

nueva ascensión. Serán ellas los constructores de las esferas que recorrerán la órbita ya recorrida por la Tierra, serán ellas los ángeles tutelares de las humanidades futuras que, como ellas, tendrán que pasar por las sombras y el dolor, antes de penetrar en las regiones del perfecto amor.

MANUEL FRASCARA.
M. S. T.

LAS CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL BUDDHISMO

(Continuación.)

Todas las Religiones de la Antigüedad poseían la clave de ese Éoterismo. Se enseñaba á costa de largas y terribles pruebas á los *Iniciados* de los templos en Egipto, en Grecia, en Roma, en el Universo entero.

Todos los grandes sacerdotes de tan diversos cultos, incluso los del Templo de Jerusalén, pertenecían á una sola é idéntica Religión secreta.

Todos los Iniciados, cualesquiera que fuesen su país y su raza, y cualquiera que fuese el nombre del Dios ó de los Dioses y la clase de ritos y sacrificios del pueblo á que pertenecían, eran admitidos en el interior de todos los templos.

Existen numerosas pruebas históricas de esto. Una de las más notables es el hecho de que cuando Alejandro Magno, en el curso de sus conquistas, llegó á las puertas de Jerusalén, le bastó revelar los signos conocidos, para que el sucesor de Aarón le introdujese en el santuario, donde ningún profano podía penetrar.

Y, sin embargo, sabido es hasta qué punto llegaba el exclusivismo fanático de la Religión Judía en su desprecio de aquellos á quienes llamaba *Gentiles*, de aquellos que no adoraban el Jehovah de Moisés. Pero el pagano Alejandro era un Iniciado (aunque de grado inferior), é Iniciado era también el gran sacerdote del Templo, y ambos sabían que *solo existe una misma Religión*, ó sea la *Teosofía*, fundada en la Ciencia Oculta.

Esta es la idea expresada al principio de los *Versos Dorados* de Pitágoras, donde, discretamente veladas, se enseñan algunas de las grandes verdades de la Religión única. Dice así:

«Rinde á los Dioses inmortales el culto consagrado: Conserva luego tu fe.»

Pitágoras era un Iniciado; Orfeo lo era igualmente; y Moisés, discípulo de los sacerdotes egipcios, y también Jesucristo predicaban valiéndose de parábolas.

Algunos de los primeros apóstoles del Cristianismo, como San Pablo y aún San Juan Evangelista (1), y varios padres de la Iglesia primitiva (2) eran Iniciados.

Hoy, desgraciadamente, el catolicismo parece haber perdido por completo el conocimiento de su *Esoterismo*, del mismo modo que han perdido los *Masones* el sentido de sus símbolos, no sabiendo ya lo que hacen ni lo que representan. En cuanto al protestantismo, jamás tuvo *Esoterismo* alguno; pues tan sólo es una amputación, por decirlo así, del Simbolismo, que en todas las religiones recuerda, materializándolas bajo un triple velo, las grandes Verdades absolutas de la Ciencia Oculta.

Lo que la Teosofía llama «Buddhas», son hombres que, después de haber alcanzado individualmente, á costa de tremendos esfuerzos, un grado de desarrollo tan grande, que los convierte en lo que las religiones *exotéricas* llaman un Dios, renuncian voluntariamente—en el Sendero de la Renunciación—á la paz y bienaventuranza conquistadas, para volver á auxiliar á sus hermanos más atrasados, é indicarles el camino, enseñándoles algunas de las verdades que están al alcance de todos.

Existen épocas determinadas para la aparición de esos *Maestros*, y según se nos ha enseñado, Buddha fué el *cuarto* maestro del Kalpa actual, es decir, de un período iniciado hace tiempo, y que aún no toca á su término.

Habiendo nacido el Buddhismo 600 años próximamente antes que el Cristianismo, fácil es, comparando las enseñanzas de uno y otro, darse cuenta de todo lo que el Evangelio y la Iglesia han tomado de aquél, y de las modificaciones introducidas por efecto de un verdadero retroceso, por una especie de contracción que materializa, conforme á la ley intelectual y psíquica que más arriba hemos indicado.

(1) Al menos, aquél que escribió el Evangelio que lleva su nombre y el *Apocalipsis*.

(2) Clemente, Orígenes.

V.—SAKYA MUNI ENSEÑÓ QUE LA IGNORANCIA PRODUCE EL DESEO, QUE EL DESEO NO SATISFECHO ES CAUSA DE LA REENCARNACIÓN, Y LA REENCARNACIÓN ES CAUSA DEL SUFRIMIENTO. PARA EVITAR EL SUFRIMIENTO, ES NECESARIO, PUES, LIBRARSE DE LA REENCARNACIÓN; PARA LIBRARSE DE LA REENCARNACIÓN, ES NECESARIO EXTINGUIR EL DESEO, Y PARA EXTINGUIR EL DESEO, ES PRECISO DESTRUIR LA IGNORANCIA.

En este punto entramos en la esencia misma de la Doctrina; aquí principia la exposición de algunas verdades fundamentales, de las cuales sólo el Buddhismo, entre todas las religiones existentes, conserva la tradición y la enseñanza, aún en su aspecto *exotérico* de la Religión destinada al pueblo.

La Teosofía, en efecto, propagó en todo tiempo la doctrina de las *Reencarnaciones*, que con la doctrina de *Karma* —de la que más adelante hablaremos— forman las dos columnas de la Enseñanza exotérica de la *Sociedad Teosófica*.

No es la *Reencarnación* una hipótesis, una especulación metafísica cualquiera.

Existen numerosas pruebas de todo género sobre su realidad: pruebas morales, filosóficas, científicas, históricas (1).

Más procedamos por orden. «*La ignorancia produce el deseo.*»

Es decir:

Ignorando el hombre su verdadera naturaleza, su *origen* y su *fin* —en cuanto pueden aplicarse estas palabras á lo que no tuvo principio y no tendrá término, y no tomándolas más que en un sentido completamente exotérico y relativo;—ignorando las Leyes reales de la vida; ignorando lo que ha de suceder después de su existencia terrestre pasajera, y el *por qué* de esa existencia misma pasajera, *desea* lógica y naturalmente la prolongación de esa existencia, la única que él conoce; se adhiere á ella, la considera como el punto culminante definitivo de su evolución, y por tanto, corre ávido tras de los goces fortuitos, ilusorios, incompletos, que siempre dejan un engaño en el corazón, una decepción en el espíritu, una amargura en los labios; no concibe ni sueña otros goces.

Tal es, en este punto, el sentido exacto de la palabra *Ignorancia* y de la palabra *Deseo*.

«*El Deseo no satisfecho es causa de la Reencarnación.*»

(1) Véase *Le Lotus Bleu* (V año), y el notable trabajo del Dr. Pascal, titulado: *La Reencarnación, ses preuves morales, philosophiques et scientifiques*.

Primera afirmación de la más grande de las leyes que juntamente con *Karma*, es la clave del misterio, y cuya exposición trastornó de pronto á los ignorantes y á los cerebros occidentales, moldeados en el Cristianismo y en la ciencia oficial.

Esto significa que creamos nuestro propio destino, QUE REALIZAMOS TODO CUANTO DESEAMOS, que vamos siempre allí donde nos lleva nuestro deseo, el cual, en unión con *Karma*, decide de nuestro porvenir aquí abajo y más allá.

«*La Reencarnación es causa del sufrimiento.*»

En efecto; todo el mundo sabe por experiencia propia, cuán llena está la vida terrestre de desengaños, decepciones y sufrimientos morales y físicos, aún para los hombres más felices, aún para aquellos que, según la locución popular, llamamos «favorecidos de la suerte».

En todas partes hallamos el dolor, así en nosotros como en derredor nuestro; el primer grito del recién nacido es un gemido: ¡engendrado en el dolor, por el dolor y para el dolor!

Además de todas las enfermedades físicas que nos amenazan, nos asaltan y finalmente nos arrebatan la vida, existen todas las enfermedades morales: vicios y pasiones.

Nada nos satisface; observad al ambicioso, al jugador, al borracho, al avaro, al envidioso, al envanecido.

Nuestros mejores sentimientos, nuestros más dulces afectos, después de haber florecido, se convierten en espinas que hacen manar sangre del corazón.

Aún admitiendo—cosa rara—que no caigamos en el hastío, el desengaño ó la traición, es lo cierto que la muerte nos arrebatara las personas amadas, aquellas á quienes va unida nuestra alma, ya sea porque salgan de esta vida antes que nosotros, ya porque seamos nosotros los primeros en partir.

Delante de todas las cunas hay un sepulcro... Entre ambos, corazones destrozados.

El placer mismo, el placer puramente sensual y material, los goces que dan la fortuna y las posiciones sociales más elevadas, se escapan entre nuestros dedos, cuando extendemos la mano para cogerlos, dejando trás sí triste cansancio ó una sed más ardiente.

De lejos parecían algo.

Vistos de cerca son nada. ¡Fragilidad de las cosas humanas!—dice el cristiano.

Toda felicidad que no sea eterna, no es felicidad—dice el teósofo.

Todo esto demuestra dos cosas:

1.^o Que la vida terrestre no es un bien en sí misma.

2.^o Que si no hallamos la satisfacción completa en nada de aquello que nos ofrece la vida, es porque existe en nosotros el deseo de *otros* goces y de *otras* dichas.

Balzac, dijo:

«Una larga esperanza es una promesa del porvenir.» Esto es exacto.

Un deseo que no correspondiese á la realidad, no sólo sería absurdo, sino inconcebible é imposible.

Para que pudiese el hombre desear lo que no estuviese en parte alguna, ni existiese bajo forma alguna, sería preciso que pudiese concebir algo que no fuese; sería preciso que se encontrase fuera de la Naturaleza de que forma parte, y fuera del alcance de las leyes que le gobiernan: y esto es imposible.

Por consiguiente:

«*Para evitar el Dolor, es necesario librarse de la Reencarnación.*»

Más como el deseo de la vida terrestre es el que nos vuelve á traer á esta vida, puee siempre vamos donde nos lleva nuestro deseo—en virtud de la ley de afinidad que rije y gobierna las almas, de igual modo que rije la combinación de los cuerpos en la retorta del químico.

«*Para librarse de la Reencarnación, es necesario extinguir el Deseo.*»

Más como el Deseo es resultado de nuestra ignorancia de la verdad, todo se reduce á lo siguiente:

«*Destruir la Ignorancia.*»

En efecto; desde el momento en que *sabemos*, todas nuestras concepciones intelectuales, todo nuestro sentido moral, todas nuestras operaciones espirituales cambian de objetivo.

Dad la vista á un ciego, y el concepto entero que del Universo se forma, cambiará al instante. El espacio que terminaba allí donde llegaba su mano, que permanecía cerrado á su alrededor en cada uno de sus pasos, se le convierte en inmenso y sin límites.

Cesa la noche, comienza el día, y percibe la inmensidad, una de las formas del infinito.

VI.—LA IGNORANCIA FOMENTA LA CREENCIA DE QUE LA REENCARNACIÓN ES UNA COSA NECESARIA. DESTRUIDA LA IGNORANCIA, SE PERCIBE LA CAREN- CIA DE VALOR DE CADA UNA DE LAS REENCARNACIONES CONSIDERADAS COMO FIN EN SÍ MISMAS, ASÍ COMO LA NECESIDAD IMPERIOSA DE ADOPTAR UN GÉNERO DE VIDA QUE ANULE LA RAZÓN DE SER DE LAS REENCARNACIONES REPETIDAS. LA IGNORANCIA ENGENDRA TAMBIÉN LA IDEA ILUSORIA É ILÓGICA DE QUE NO HAY

MÁS QUE UNA EXISTENCIA PARA EL HOMBRE, Y LA OTRA ILUSIÓN DE QUE Á ESA ÚNICA VIDA, SUCEDEN ESTADOS INMUTABLES DE GOCES Ó TORMENTOS.

Sólo dos puntos de importancia capital tenemos que examinar aquí:

(A) «*Se percibe la carencia de valor de esas Reencarnaciones consideradas como fin en si mismas.....*»

En efecto; la Vida tiene ó no tiene un objeto. Tiene una razón de ser ó no la tiene.

Decir que la vida no tiene objeto, es decir que no tiene razón de ser; decir esto, es igual á afirmar que existen *efectos sin causas*, lo cual es falso.

Así, pues, la vida sobre esta tierra tiene una *causa*; por lo tanto, es un *efecto*.

Pero todo efecto se convierte á su vez en causa, y produce otros efectos.

Nuestra vida, pues, produce efectos que son ellos mismos causas que engendran otros efectos, y así sucesivamente, sin que haya interrupción alguna.

Por consiguiente, el fin ú objeto, ó la razón de ser de nuestra vida terrestre no se encuentra en esta misma vida terrestre; ésta es solamente un eslabón de una cadena, que como todas las cosas, está sumergida por sus dos extremidades atrás y adelante, en lo eterno, en lo infinito, en lo absoluto, de donde todo emana y donde todo se mueve; es decir, que evoluciona por una serie de transformaciones.

¿De qué sirve esta vida que vivimos aquí abajo?

Si su fin se encontrase en sí misma, ese fin sería el mal, puesto que por una parte, transcurre en medio del sufrimiento moral y físico, de la injusticia social y natural, y por otra, estaría la Nada, pues no teniendo más fin que ella misma, todo debería terminar con ella á la hora de la muerte.

Más la Nada, *después*, implica la Nada *antes*.

La Nada no puede ser un punto de algo. Es necesario que esté en todas partes ó en ninguna.

Luego la vida que saliera de la Nada volvería á la Nada.

Pero mientras existe habría algo.

La Nada, pues, cesaría. Ahora bien; si cesa por un instante, cesa por siempre, puesto que nada se crea ni nada se pierde. Por consiguiente, la Nada no existe; sólo existe la VIDA, en todo, en todas partes, por siempre, igual á la Eternidad, bajo formas diversas, eternamente variables.

Esta es la ley de la evolución que los darwinistas circunscriben á las cosas físicas—que no son más que uno de los aspectos de la vida—y que la Cien-

cia Oculta ha estudiado y comprobado en todos los aspectos del Ser, á través de todas las manifestaciones transitorias de la *Substancia Espíritu Unico*.

Si la vida terrestre no tuviese más fin ú objeto que ella misma, sería como si no tuviese objeto, pues todo concluiría con la muerte ó disgregación de las moléculas corporales.

Sería, pues, inútil: inútil el sufrimiento, inútil la experiencia adquirida, inútil el desarrollo que convierte al niño, simple animal al principio, en un hombre, el cual aprende, desarrolla su entendimiento, eleva sus sentimientos, ensancha sus ideas, y sabe mejor ó peor al tiempo de morir, mil cosas que ignoraba al nacer.

Pero lo *inútil* equivale á la *nada*, bajo otra forma, y lo inútil no puede existir.

Además, puesto que nada se pierde, así como no se pierden nuestros elementos puramente físicos, ni los más insignificantes átomos de nuestro cuerpo, tampoco debemos perder todo ese mundo de ideas, de sentimientos, de experiencias adquiridas que nos ofrece la vida.

No existen dos leyes, sino una sola. Si nada se pierde, *nada absolutamente puede perderse*. Ahora bien: nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestros vicios mismos, así como nuestras virtudes, son algo; algo *muy real* por cierto, verdaderas fuerzas, buenas ó malas, poco importa, las cuales, una vez engendradas, permanecen como todo lo demás.

Por otra parte, puesto que la vida produce efectos, como los produce toda causa, esos *efectos*, originados en nosotros mismos, persisten, engendrando á su vez otros efectos.

Eses efectos son nuestros; por consiguiente, forman también parte de nosotros. En todo efecto se encuentra la causa del mismo.

Más esos efectos permanecen; luego por ellos necesariamente permanecemos también nosotros.

Además, la evolución del feto en el seno de la madre, es una prueba científica de esto.

Sabido es, en efecto, que durante el período de gestación reproduce el feto todas las formas de los reinos que preceden al reino humano, por los cuales ha pasado el que es hombre hoy, antes de ser tal hombre.

Todo aquello quedó almacenado en él; nada se ha perdido.

Lo que se llama *instintos*; es un recuerdo de las experiencias adquiridas en otros reinos, particularmente en el reino animal, y también muchas de sus pasiones, las inferiores; del mismo modo *la conciencia y las ideas innatas* no son otra cosa más que la reminiscencia de las experiencias pasadas en encarnaciones anteriores.

¿Por qué atribuir al pensamiento menos importancia, menos realidad que al cuerpo?

El pensamiento, es decir, el mundo moral, intelectual, psíquico y espiritual, es, según los materialistas, un producto del cerebro, del mismo modo que la bilis lo es del hígado.

Admitamos esta definición—aunque falsa—por un momento, y refutemos á los materialistas en su propio terreno.

¿Acaso se pierde ó aniquila el producto del hígado?

¿Acaso no persisten eternamente todos sus átomos, transformados ó constituyendo otros agregados?

Y entonces, ¿por qué habría de perderse y aniquilarse lo que llamáis la *secreción* del cerebro?

¿Acaso no vale una idea y aún un sentimiento, tanto como una secreción cualquiera?

Para negar esto, es preciso que concluyáis por declarar, contradiciéndoos y refutándoos vosotros mismos, que una idea y un sentimiento son cosa distinta de la bilis, y á la verdad, no encontráis sus huellas en vuestras retortas.

Si es *otra cosa*, no es, por tanto, una simple secreción del cerebro, semejante á la secreción del hígado.

Y así negáis lo que acabáis de afirmar, y afirmáis lo que en un momento antes negabais.

Nada de esto puede sostenerse ni aún ante el razonamiento humano más ordinario.

La *Teosofía* y la *Ciencia Oculta* nos enseñan que las vidas sucesivas que sobre la tierra vivimos, al renovarse, cuando nos reencarnamos en personalidades diferentes y transitorias, tienen por objeto desarrollar en nosotros la *Propia Conciencia*, es decir, hacer consciente de sí mismo al *Espíritu Universal* y *Único* que todavía se encuentra en nosotros en estado latente, y que constituye la parte inmortal de nosotros mismos.

Es preciso que, quebrantados por el sufrimiento, domados por el fuego de las pasiones, abandonemos poco á poco la parte material y animal de nuestro ser, herencia de estados anteriores á la etapa humana, de igual modo que el hierro, oculto en la ganga del mineral, pasa gran número de veces por el fuego de la frágua, por el yunque y el laminador, para convertirse en fino y brillante acero, flexible, resistente y apto para todos los usos.

El fin, el objeto de la vida que vivimos aquí abajo, no es, pues, esta vida misma, sino la EXPERIENCIA que en ella adquirimos, las enseñanzas que nos

inculca, los esfuerzos que de nosotros exige el desarrollo de nuestra voluntad.

Y como en el Gran Todo *nada se pierde*, á cada renacimiento volvemos más ricos en experiencias y progresos, ó abrumados bajo el peso de todas nuestras bajezas y debilidades anteriores.

Porque *nosotros solos* nos hacemos á nosotros mismos lo que hemos de ser; edificamos piedra á piedra el sublime edificio de nuestra Inmortalidad, abriendo paso y convirtiendo en luminosa antorcha á la chispa divina oculta, como el oro en la mina, en el seno de todo cuanto existe; ó de lo contrario, si nos abismamos en el mal, dejaremos marchar esa chispa, que volverá á la fuente de donde partió y caeremos de nuevo en la gran matriz universal, devolviendo á los elementos lo que de ellos recibiéramos, hasta el amanecer de un nuevo día cósmico.

Así, pues, nuestra Inmortalidad es nuestra obra: depende de nosotros; y para conquistarla por medio del desarrollo de nuestra espiritualidad y por el conocimiento de la verdad, ó sea de la *Ley Unica*, es para lo que sirven la vida y nuestras reencarnaciones sucesivas.

Sólo así, y no de otro modo, se aplica la ley que exige que nada se pierda.

(Continuará).

LOS MUERTOS A HORA FIJA (1)

(REVELACIONES DE UN MÉDICO)

—Dígame, querido doctor, ¿usted cree que un enfermo puede saber de antemano *la hora fija* en que ha de morir?

—En algunos casos. . . . sí.

—Pero ¡cómo! ¿usted cree que él puede saber?

—Es decir. . . . yo no creo que él puede saberlo; pero tengo la experiencia de un caso realmente extraordinario, en que un enfermo murió justamente á la hora anunciada por él mismo, el día antes.

—Eso no puede pasar de una fantasía. ¡Cómo diablos puede saber un enfermo! No, hombre, nó! Si estas cosas son indiscutibles.

(1) Es bien conocido el caso del célebre novelista inglés Sir E. Bulwer Lytton de quien se cuenta que predijo con anticipación y exactitud el día y hora en que debía ocurrir su muerte. (N. de la D).

—Hay tantas, amigo mio, que son indiscutibles! usted es muy joven todavía, y tiene más fe en la ciencia de la que tengo yo mismo, que soy mucho más viejo y que he sido su maestro. Hay una multitud de fenómenos en medicina, de los cuales no tenemos todavía ni la sombra de una explicación. Este caso de que le hablo es el siguiente:

Nuestro profesor de clínica, el célebre doctor Mazzioti, al hacer una vez su visita con nosotros en el hospital de Incurables de Nápoles, se detuvo ante la cama de un enfermo de tuberculosis pulmonar en tercer grado, y mientras nos explicaba el progreso de la enfermedad y la desesperante inutilidad de los remedios, dijo en voz baja:

—Yo creo que apenas durará quince días.

El enfermo levantó la cabeza, se sonrió tristemente y murmuró.

—Oh! . . . nó!

Este movimiento, que rompía la persistencia apática del paciente, exitó en alto grado la atención de todos, pero particularmente la de nuestro profesor, á quien había chocado el tono de absoluta seguridad que había en aquella negativa.

—Usted ha dicho que nó?—le preguntó. ¿Ha oído lo que dije, entonces?

—Sí, señor. . . y le aseguro que usted se equivoca. . . No voy á durar quince días; voy á morir mañana á las doce.

El tono frío, implacablemente convencido de esta afirmación, tenía no sé qué de sobrenatural, de ultra tumba; como diría un poeta romántico, que nos sobrecogió.

—¿Mañana á las doce. . . ? murmuró el profesor, sonriéndose y haciéndonos un signo de inteligencia. ¿Y cómo sabe usted eso?

—Oh! . . . lo siento aquí, respondió él. Y se tocó la frente.

Acabamos por sonreirnos; pero á su turno el profesor se había puesto serio. En fin, para concluir, le diré que á pesar de todo lo que se hizo para prolongar la vida de aquel sujeto, con los excitantes más activos, se murió justa y exactamente á las doce del día.

—Pero usted no puede creer que es posible esa clarividencia, volví á decirle. Yo no puedo suponer eso en usted; son cosas que están en contradicción con todo lo que sabemos.

—Amigo, respondió él, yo todo lo que puedo decirle es, que no sé nada. . . . somos unos grandes ignorantes todavía; más, permítame á mi vez que le pregunte: ¿á qué viene esa pregunta suya? ¿Usted tiene algún enfermo por este estilo?

—Sí, le dije: justamente se trata de un individuo que, según me parece, debería vivir todavía algún tiempo; y se le ha puesto que va á morir luego á las once!...

—Y usted ¿qué dice?

—Que eso no puede ser.

—¿Qué tiene el enfermo?

—Una afección del hígado; último período, y aún cuando el autofagismo es mucho, creo que puede irar un poco más todavía; teniendo en cuenta su estado general.

—Una hepatitis intersticial!

—Ni más ni menos.

—¿Hagamos una apuesta á que se le muere á usted á las once?

—Acepto.... ¿qué jugamos?

—Lo que usted quiera.... ¿Diez cajones de habanos?

—Vaya por los habanos; pero le prevengo que yo voy á hacer lo posible y lo imposible por hacerlo vivir....

Haga usted hasta lo absurdo si quiere.... ¿Vamos á verlo?

—Vamos.

Y salimos inmediatamente, nerviosos y emocionados, intrigados con aquel caso extraordinario. Encontramos á mi enfermo.... Pero permítaseme que haga su pequeña historia.

Era un hombre como de 38 á 40 años, flaco, algo amarillo de cara. Cinco meses antes había venido á verme á mi estudio y después de saludarme díjome:

—Señor, antes de pasar adelante, quisiera que usted me asegurara una cosa... usted no me conoce, no me puede tener compasión ni mala voluntad. Usted no sabe si yo tengo familia que me pueda llorar ó nó.... En mérito de todo esto, cuyo conocimiento impide generalmente á los médicos el decir la verdad completa á los enfermos, creo que usted podría....

—¿Decírsela á usted?

—Exactamente.

—Está bien, señor; pero veamos lo que usted sufre.

Lo examiné, le pedí minuciosos antecedentes y detalles, y le dí mi opinión de esta manera: Enfermedad incurable y cuya terminación fatal, en su estado, no sería muy lejana.

El pobre hombre se puso á llorar amargamente. Aquella verdad, por la cual había suspirado tanto, una vez alcanzada, le aterraba y le desconso-
laba.

—Quiere decir entonces, murmuraba, que me voy á morir pronto, que no hay remedio. . . . que la medicina es impotente.

—Pero, señor, le dije, yo esperaba más de su valor, al ver la resolución con que exigía la verdad. . . . Yo no he dicho á usted que vá á morir mañana, ni pasado; vá á morir, pero qué diablos! todos hemos de morir alguna vez: y para consolarlo agregué:—Usted puede tirar todavía por *muchos años*; no se aflija.

Poco á poco se consoló. El tratamiento que le impuse fué únicamente sistemático, porque como he dicho, *era caso perdido*.

Le receté, pues, algunos digestivos, y un régimen apropiado. El autofagismo—palabra terrible, que expresa realmente la idea de comerse á sí mismo—lo iba disminuyendo paulatinamente.

Pero cuando me anunció la *hora fija* de su muerte, todavía le quedaba mucho por comerse!

Llegamos con el doctor á las cuatro de la tarde, á casa del enfermo. Este ocupaba un departamento en el Hotel Frascati, donde su familia lo cuidaba asiduamente.

—¡Qué tal vá, le pregunté, haciendo desaparecer de mi semblante todo vestigio de cuidado.

—En camino, señor, respondió él: siento que me voy apagando poco á poco. . . .

—¡Pero qué se va á apagar! . . . Son locuras suyas, amigo. . . deseche esas ideas; si usted mismo va á empezar á amilanarse! . . . ¿De dónde ha sacado esa predicción? Usted ha leído algún libro, le han contado algún cuento por ese estilo?

—No, señor. . . .

—Vengo á acompañarlo para que se le quite el susto. . . . Usted está *julepeado*, le dije sonriéndome.

—Oh, no es susto, dijo muy serio; yo lo siento, y basta.

—Mi antiguo profesor le tomó el pulso.

Está bien, le dijo; hay ochenta pulsaciones. Sacó un termómetro y se lo aplicó debajo de una axilia; el resultado fué 37.º Las respiraciones eran casi normales; diez y siete por minuto.

Pareció perplejo: sin embargo me deslizó esta frase tentadora en el oído:

—Yo le daría todavía un mes de vida; no obstante, basándose en lo que él dice, no tengo inconveniente en doblar la apuesta.

—La doblo, contesté.

—Bueno, me dijo, ¡eh! Tengo mucho que hacer; haga lo posible por no perder sus habanos.

—Pierda usted cuidado!

Y me quedé, en efecto, sólo con el enfermo. Había hecho llevar varios aparatos y drogas, á fin de preparar yo mismo los remedios. Siempre he tenido horror por los boticarios; el médico receta sulfato de quinina y ellos le despachan algodón ó papier maché. En todo país bien civilizado debían ser suprimidos los boticarios. Son una verdadera calamidad.

A las 6 y media principié á notar una depresión en el pulso de mi enfermo. Entonces le hice administrar un vaso de buen vino caliente y unas inyecciones de leche con vino Oporto, yema de huevo.

El pulmón subió otra vez y mi hombre apareció más animado; á las 7 y cuarto, sin embargo, sus fuerzas habían decrecido hasta llegar á un nivel más bajo que el de la primera vez.

—Me voy, Señor . . . decía: es inútil cuanto usted haga.

¡Inútil! ¡Oh! yo tenía muchos medios aún y estaba decidido á luchar hasta el último. Preparado por mis estudios á no creer en la mínima cosa sobrenatural y escapándoseme la razón de aquel suceso extraordinario, librábase en mi interior una lucha que me irritaba en razón directa de mi impotencia contra aquella verdadera *obstinación* en morirse á una hora fija.

Habiendo aplicado el tesfímógrafo de Maroy—ese ingenioso aparato destinado á pintar sobre la superficie de un carton ennegrecido el movimiento de la sangre,—obtuve curvas mucho más pequeñas que al principio. . . . mi hombre empezó á inspirarme temores.

Recurrí inmediatamente al licor anísado de amonio.

Con esto—me decía mientras lo preparaba—veremos si el rebelde sistema nervioso se resuelve á no entrar en la noche de la obscuridad eterna. . . .

Después de hacérselo tomar, principié mis observaciones sobre la arteria radial, especie de tubo, en que bajaba y subía la columna de la vida.

Éra como un termómetro, al que influenciaba el calor artificial de los medicamentos.

El pulso subió, subió, se fué haciendo más lleno, más intenso, más hermoso y al mismo tiempo el rostro del enfermo se iluminaba . . . Era una lámpara reanimándose.

Más ay! después de media hora, bajó de nuevo; pero cómo bajó! Bajó á saltos, como si aquella vida que acababa de animarlo, no hubiera sido más que una acumulación de la poca que le quedaba!

Parecía que no hubiera habido tal aumento de vida, sino simple exceso de

gasto, y que todos mis esfuerzos por prolongársela más allá del término fatal que él mismo se había asignado, sólo conseguían hacerle derrochar en media hora la que le habría hecho durar dos ó tres.

Ya no pensaba en la apuesta; ¿qué me importaba ella?

Ahora se trata del amor propio, del orgullo, la loca ambición de luchar cuerpo á cuerpo con lo eterno desconocido y de vencerlo. . . .!

Mientras reflexionaba, el tiempo corría y el implacable enemigo invisible me iba arrebataando la presa.

En vano pedía á la química biológica la explicación de la terrible asinerjía que desequilibraba á aquel organismo.

Miré por centésima vez mi reloj. Eran las 9 de la noche.

Expresamente había detenido el péndulo del reloj que había en la pieza, para que el enfermo no pudiera darse cuenta de la hora exacta.

Sequé el sudor de mi frente. Conversé con animación al enfermo y á su familia, mientras preparaba un nuevo elemento de vida. Me sonreí, demostré una seguridad y una confianza que estaban lejos de pintar mis temores.

El parecía comprenderlo y adivinarlo todo, con una implacable y desconsoladora serenidad.

—Qué horas son?—preguntó.

—Las diez, respondí.

—¿Cómo, ya son las diez?—dijo con estrañeza. Y clavó en mí sus ojos como para decirme que estaba mintiendo.

—Me siento aún con demasiada fuerza, agregó para que ya sean las diez. . . .

Aparenté que no había oído. Disolví unos tres miligramos de sulfato de estricnina en un gramo de agua destilada y le hice con esto una inyección hipodérmica.

Ahora, vamos á ver saltar este sistema nervioso, me decía; ahora veremos si la acción fisiológica de este exitante reflejo tan famoso, vale para algo!

En efecto fué verdaderamente tremendo. A los 8 minutos la columna de la vida volvió á subir: la lámpara irradiaba de nuevo rayos esplendorosos.

Debajo de mis dedos sentía la pulsación de la radial más enérgica, y renovarse todos los síntomas de una existencia activa en aquel organismo casi inerte.

¿Y bien?—le pregunté—¿se siente usted mejor?

—Sí. . . . respondió: pero lo que pase después de esta mejoría va á ser mucho peor que antes.

—¡Ya es usted obstinado! repuse. Entónces persiste en que va á morir

á las once? ¡Qué capricho! Ya son las once menos cuarto y no me parece. . . .

—Su reloj debe andar mal; contestó él, con una seguridad espantosa.

Tal como me lo había dicho, así fué. El efecto de la estircinina duró tres cuartos de hora. Pero, ¡qué depresión inmediatamente! El pulso daba cuarenta y cinco latidos por minuto.

Le hice otra inyección hipodérmica, pero esta vez recurrí al éter sulfúrico. Nueva subida y nueva depresión.

Pero al finalizar su efecto no encontré más que cuarenta pulsaciones.

Eran las diez y media. Se iba, se iba aquel obstinado! El sudor corría de mi frente en gruesas gotas; el desaliento me había ganado casi completamente.

—Ahora, sí. . . se van acercando las once . . . murmuró con voz apenas sensible el enfermo.

Resolví tentar un nuevo medio; ayudado por su mujer, le pusimos de lado, y principié á hacerle aplicaciones de electricidad en la columna vertebral.

Se reanimó todavía; nueva sangre pareció circular por aquel cuerpo flácido y pasivo, y durante unos veinte minutos, pude constatar la creciente insensibilidad con que eran recibidas las descargas galvánicas.

Cuando ví que ellas eran totalmente inútiles, le dí vuelta para no fatigarlo: ya se veía en él la terrible *facies Hipocrática*.

Era la agonía! Faltaban diez minutos para las once.

Ya, sin esperanza alguna, le hice todavía inhalaciones de oxígeno, que había llevado preparado en un saco de cautchout, haciéndole la respiración artificial también, de modo que, en lugar del aire ambiente, sus pulmones eran obligados á recibir quince veces por minuto aquel poderoso comburente.

Fué inútil. La vida se fué apagando poco á poco: las pulsaciones fueron siendo cada vez más lentas, más irregulares, más imperceptibles, sus ojos vídriosos se fijaron de una manera extraña en mí y luego se cerraron para siempre. Eran las once y cinco minutos en punto.

TERQUEDAD DE LAS ACADEMIAS

ANTE CIERTOS FENOMENOS DE LA NATURALEZA (1)

Es simplemente absurdo y ridículo, exigir á todo investigador que se lanza como testigo hácia las maravillas del día y fenómenos psicológicos, el diploma de maestro en artes y ciencias. La esperiencia de los últimos cuarenta años demuestra con toda claridad que no son siempre las inteligencias más «científicamente cultivadas» las mejor dispuestas en asuntos de simple sentido común y franca sinceridad. Nada ciega tanto como el fanatismo, ó el considerar una cuestión bajo un solo punto de vista. Podemos tomar como ejemplo la magia oriental ó antiguo espiritismo, lo mismo que los fenómenos modernos. Centenares y millares de testigos enteramente dignos de crédito, al regresar de sus residencias y viajes en Oriente, han asegurado haber visto fakires sin instrucción, cheikes, derviches y lamas que habían verificado maravillas en su presencia sin auxilio de compadres ni de aparatos mecánicos; y han afirmado también que los fenómenos exhibidos por los orientales estaban en contradicción con todas las leyes *conocidas* de la ciencia, tendiendo con esto á probar que en la naturaleza existen muchas potencias ocultas, desconocidas todavía, aparentemente dirigidas por inteligencias sobrehumanas. ¿Cuál ha sido la actitud adoptada por nuestros sabios con respecto á este asunto? ¿Hasta qué punto el testimonio de las inteligencias más «científicamente» desarrolladas ha impresionado su propia inteligencia? ¿Las investigaciones de Hare y de Morgan, de Crookes y Wallace, de Gasparin y Thury, de Wagner y de Butlerof, etc., han logrado debilitar, por un momento siquiera, su escepticismo? ¿Cómo han sido recibidos los experimentos personales de Jacolliot con los fakires de la India, ó cómo han sido consideradas las elucidaciones psicológicas del profesor Perty, de Ginebra? ¿Hasta qué punto les conmueve el grito ensordecedor de la humanidad, que con ardiente anhelo pide pruebas que le demuestren la existencia de un Dios, de un alma individual y de la eternidad? ¿Y qué responden ellos á estas vehementes súplicas? Destruyen y aniquilan hasta el más pequeño de los ves-

(1) Este trabajo es un fragmento tomado de la obra «Isis sin Velo» de Helena P. Blavatsky

tigios de cosas espirituales, pero nada edifican. «Nosotros no podemos encontrar estos signos con nuestras retortas y crisoles—dicen,—por lo tanto, todo esto no es más que una pura ilusión.» En esta época de frío raciocinio y de prevención, hasta la Iglesia misma tiene que dirigirse á la ciencia en demanda de auxilio. Creencias edificadas sobre arena, dogmas elevadísimos, pero sin cimientos, se derruban bajo el frío sople de las investigaciones, y arrastran en su caída á la religión verdadera. Pero el anhelo por algún indicio exterior de un Dios y de una vida futura, continúa tan tenaz como siempre en el corazón del hombre. Vanos son todos los sofismas de la ciencia; jamás lograrán sofocar la voz de la naturaleza. Todo lo que han logrado los representantes de esta ciencia, ha sido emponzoñar las aguas puras de la fé sencilla, y la humanidad se contempla ahora, como en un espejo, en unas aguas cenagosas, por haber removido el fango que estaba depositado en el fondo de un manantial antes tan puro. El Dios antropomórfico de nuestros padres, ha sido sustituido por mónstruos antropomórficos; y lo que es aún peor, por la reflexión de la humanidad misma en estas aguas, cuyas ondulaciones han devuelto las falseadas imágenes de la verdad y de los hechos, según las ha evocado su extraviada imaginación. «No son milagros lo que hace falta, — escribe el reverendo Brooke Herford— sino encontrar la evidencia palpable de lo espiritual y divino. No es á los profetas á quienes la humanidad anhelante pide un tal «indicio», sino más bien á los sabios. Los hombres creen interiormente que todo cuanto busca el investigador á tientas en torno suyo, desde el más recóndito escondrijo hasta los últimos confines de la creación, le inducirá á descubrir, con el tiempo, y en lo más profundo y secreto de todas las cosas, algunos signos inequívocos de la Divinidad.» Los signos están allí, y los sabios también; ¿qué podemos nosotros esperar más de ellos ahora que tan bien han cumplido con su deber? ¿No han, estos Titanes del pensamiento, arrancado á Dios de Su oculto lugar, dándonos en cambio un *protoplasma*?

En el *meeting* que la Asociación Británica celebró en Edimburgo, en 1871, sir William Thomsom dijo: «La ciencia está obligada por la ley eterna del honor á afrontar sin miedo alguno todos los problemas que ingenuamente le sean presentados.» A su vez, el profesor Huxley se expresa en estos términos: «Con respecto á los milagros, yo puedo solo decir que la palabra *imposible* no es, á mi juicio, aplicable á las cuestiones filosóficas.» El gran Humboldt hace observar que «un presuntuoso escepticismo que desprecia los hechos sin inquirir lo que haya de verdad en ellos, es en cierto modo más funesto que la ciega credulidad.»

Estos hombres han probado la falsedad de sus mismas enseñanzas. Han empezado por despreciar la oportunidad que se les ha presentado, gracias á las comunicaciones con el Oriente, de investigar por sí mismos los fenómenos que todos los viajeros aseguran tener lugar en aquellos países. ¿Piensan los fisiólogos y patólogos aprovechar dicha ocasión para resolver definitivamente la trascendentalísima cuestión del pensamiento humano? ¡Ah, no! jamás se atreverían á ello. No hay que esperar que los principales académicos de Europa y América emprendan juntos un paseo por el Thibet y la India, para observar sobre el terreno las maravillas de los fakires. Y si alguno de ellos fuese allí como peregrino solitario, y presenciase todos los milagros de la creación en aquel país de las maravillas, ¿podría esperar que alguno de sus colegas diese fé á sus palabras?

Sería tan pesado como supérfluo empezar una nueva exposición de hechos tan sólidamente establecida por otros. Mr. Wallace y W. Howitt (1) han descrito clara y repetidamente los mil y un absurdos errores en que han caído las sociedades científicas de Francia y de Inglaterra, á causa de su ciego escepticismo. Si Cuvier pudo despreciar el fósil exhumado en 1828 por Boué, geólogo francés, sólo por creerse el anatómico más sabio que su colega, y por no querer admitir que pudiesen encontrarse esqueletos humanos á ochenta piés de profundidad en el légamo del Rhin; si la Academia Francesa no quiso dar crédito á las aserciones de Boucher de Perthes, en 1846, para ser, á su vez, criticada en 1860, cuando la verdad de los descubrimientos de Perthes fué plenamente confirmada por todos los geólogos, encontrando armas de pedernal en los aluviones del norte de Francia; si fué puesto en ridículo el testimonio de Mc. Enery, en 1825, referente al hecho de que él había descubierto pedernales labrados juntamente con los restos de animales fósiles, en la caverna de Kent's Hole (2); si las afirmaciones de Godwin Austen sobre esta misma cuestión, en 1840, todavía fueron más ridiculizadas si cabe; y si todos aquellos escesos de escepticismo científico y de chanza ofensiva se convirtieron por fin en pesadumbre, en 1865, y se vió claramente que habían sido del todo intempestivos; cuando — como dice Mr. Wallace — « todos los anteriores informes en el transcurso de cuarenta años, fueron plenamente confirmados, y se demostró que eran aún menos maravillosos que la misma realidad; » ¿quién será tan cándido que crea en la infalibilidad de nuestra ciencia? ¿Y á qué maravillarse ante la exhibición de semejante falta de

(1) Véase Wallace: «Milagros y Espiritismo moderno,» é «Historia de lo sobrenatural, de W. Howitt, vol. II.

(2) Véase la memoria leída por Wallace ante la Sociedad Dialéctica en 1871; «Contestación á Hume, etc.»

valor moral en los miembros aislados de esta gran colectividad testaruda conocida con el nombre de ciencia moderna?

De este modo se han ido rebatiendo unos hechos tras otros. De todas partes oímos constantes exclamaciones. «Muy poco es lo que se conoce en materia de psicología», dice en tono compungido un miembro de la Sociedad Real. «Es preciso confesar que muy poco sabemos, si es que sabemos algo, de fisiología», dice otro. «De todas las ciencias no hay ninguna que descansa sobre una base tan incierta como la Medicina», confiesa á regañá dientes un tercero. «¿Qué es lo que sabemos acerca del supuesto fluido nervioso? . . . Nada todavía», indica un cuarto; y así sucesivamente en todas las ramas de la ciencia. Y entre tanto, fenómenos que sobrepujan en interés á todos los restantes de la naturaleza, y que sólo pueden ser resueltos por la psicología, fisiología y por los «todavía desconocidos» fluidos, ó son rechazados como ilusiones, ó aún considerados como ciertos, «no ofrecen interés» para los sabios; ó lo que es todavía peor, cuando un *sujeto* cuyo organismo presenta los caracteres más culminantes de dichas ocultas, aunque naturales potencias, ofrece su persona para un estudio científico¹ en lugar de ser objeto de una honrada experimentación, como era de esperar, se encuentra enredado en un lío que le arma algún sabio (?), y el premio de la molestia que se había tomado es una sentencia de prisión por tres meses. Verdaderamente, la cosa es para animar á cualquiera!

Fácilmente se comprende que un hecho ocurrido en 1731 afirmando otro hecho acaecido durante el pontificado de Paulo III, por ejemplo, no sea creído en 1876. Y asimismo cuando se les dice á los sabios que los romanos conservaban en sus sepulcros luces que ardían durante un número incalculable de años por medio de la *oleaginosidad del oro*, y que una de estas lámparas perpetuas fué encontrada encendida despidiendo una luz brillante, dentro de la tumba de Tulia, hija de Cicerón, á pesar de haber estado dicha tumba cerrada por espacio de mil quinientos y cincuenta años (!), se abrogan el derecho de dudar y aún de negar rotundamente lo afirmado, hasta asegurarse por sí mismos, con la evidencia de sus propios sentidos, de que semejante cosa es posible. En un caso tal pueden rechazar el testimonio de todos los filósofos antiguos y de la Edad Media.

El hecho del entierro de fakires vivos y su resurrección sul siguiente después de treinta días de inhumación, podrán parecerles sospechosos, como también ciertos hechos observados en varios lamas, quienes se infieren á sí mis-

(1) Segunda edición (de Bailey).

mos heridas consideradas aquí como mortales, y exhiben á las personas presentes sus propias entrañas; heridas que se curan ellos casi instantáneamente.

Para ciertos hombres que niegan la evidencia de sus propios sentidos en cuanto á los fenómenos producidos en su propio país y ante numerosos testigos, las narraciones que se encuentran en los libros clásicos, así como las notas de los viajeros, deben, por de contado, parecerles absurdos. Pero lo que nosotros no podremos nunca concebir es la terquedad colectiva de las Academias en frente de las severas lecciones del pasado, recibidas por estas instituciones, que con tanta frecuencia *han obscurecido el dictamen con palabras sin ciencia*. Como el Señor contestando á Job «desde el torbellino», la magia puede decir á la ciencia moderna: «¿En dónde estaba tú, cuando yo eché los cimientos de la tierra? Dilo, si tienes entendimiento». ¿Y quién eres tú para osar decir á la naturaleza: «Hasta aquí llegarás, pero no más allá, y aquí tus orgullosas olas serán contenidas»?

Pero, ¿qué nos importan sus negaciones? ¿Podrían acaso impedir ellos que los fenómenos tuvieran lugar en las cuatro partes del mundo, aunque su escepticismo fuese mil veces más mordaz? Los fakires continuarán siendo enterrados y resucitados para satisfacer la curiosidad de los viajeros europeos; los lamas y ascetas hindos se herirán, se mutilarán y hasta se sacarán las entrañas, sin que por ello sientan la menor incomodidad, y todas las negaciones del mundo entero no serán bastantes para apagar las lámparas eternas que arden en ciertas criptas subterráneas de la India, del Thibet y del Japón. Una de estas lámparas es mencionada por el Rev. S. Mateer, de la Misión de Londres. En el templo de Trevandrum, en el reino de Travancore, India meridional, «existe en el interior del templo un profundo pozo, en el cual se arrojan inmensas riquezas todos los años; y en otro sitio, en una gruta cubierta con una piedra, existe una gran lámpara de oro, la cual fué encendida unos 120 años atrás, y todavía está ardiendo», dice este misionero en su descripción de aquel sitio. Los misioneros católicos atribuyen estas lámparas, por supuesto, á los agradecidos servicios del diablo. El clérigo protestante, más prudente, menciona el hecho, y se abstiene de hacer comentarios. El abate Huc ha visto y examinado una de tales lámparas, y lo mismo han hecho otras personas que han tenido la buena fortuna de captarse la amistad y la confianza de los lamas y sacerdotes orientales. No pueden ser negadas tampoco las maravillas presenciadas por el capitán Lane en Egipto; los experimentos de Jacolliot en Benarés y las de sir Charles Napier; las levitaciones de seres humanos en plena luz del día, y que sólo se explican por las declaraciones hechas en la Introducción de la pre-

sante obra. (1) Tales levitaciones están atestiguadas por Mr. Crookes y además por el profesor Perty, quien dá cuenta de algunas de ellas producidas al aire libre y durando á veces hasta veinte minutos; todos estos fenómenos y muchos otros más se han verificado, se verifican y se verificarán en cada uno de los países del globo y á despecho de todos los escépticos y sabios que hayan surgido del limo siluriano.

H. P. BLAVATSKY.

PENSAMIENTOS

La verdad puede ser comparada al centro de un círculo cuya circunferencia la formarían los diversos aspectos de aquella. Desde luego, un diámetro cualquiera llega necesariamente á dos puntos de vista opuestos, y la evolución siendo un cambio de puntos de vista, nos hace franquear sucesivamente y por gradaciones insensibles todas las opiniones contrarias.

Coulomb (El secreto del Universo).

*
* *

El amor es la celeste atracción de las almas y de los mundos; es la divina chispa que liga los universos entre sí, los gobierna y los fecunda.

Amar es sentirse vivir en todos y para todos; es consagrarse al sacrificio y aún á la muerte, por una causa ó un sér.

El amor no tiene límites; como el espacio, es infinito y abraza á todos los seres, siendo Dios su radiante foco.

*
* *

El sentimiento de la fé es un don inapreciable para el hombre, que no se impone por medio de la razón, ni por medio de la voluntad, sino que nace espontáneamente en el alma si intervención alguna de la inteligencia. El hombre que se propusiese tener fe no lo conseguiría por ese solo motivo, como no lo conseguiría aquél que tratase de someterla á su juicio. Ella descende, á manera de la inteligencia, como una celeste llama del espíritu á la persona.

(1) Véase: Art. Sobre *Aethrobacia*, p. 35.

Los materialistas radican la inteligencia en el cerebro, ella que, como la fé es un atributo esencialmente espiritual. ¿Cómo es posible admitir que sus manifestaciones dependan del acto inconsciente de la persona que al recibir y arreglar al recién nacido, comprima su cráneo más ó menos, fijando así el futuro destino del sér?

¿Puede aceptarse que las colosales pirámides de Egipto,—más grandiosas que por su tamaño, por la sublime concepción de su figura geométrica, —hubiesen dejado de levantarse sobre el suelo en que se apoyan, porque al recibir la partera al hijo de Mœris al nacer, le hubiese achatado el cráneo?

¿Puede acaso admitirse que por un acto de esa naturaleza, Pitágoras se hubiera visto privado de ofrecer al mundo las admirables creaciones de su génio y Galileo no hubiera podido concebir las leyes que rigen el movimiento de los astros?

No. La inteligencia,—que no es humana,—no está sujeta á tan miserables elementos, y la mayor prueba de ello nos la ofrecen dos génios gigantesco que pasaron por el mundo derramando en su camino la radiante é imperecedera luz de sus doctrinas: Kristna y Jesús Nazareno; ambos seres de idéntica índole, con iguales tendencias: uno presentando los caracteres del negro, en su color, en la configuración de su cráneo, en la estructura de su cuerpo; el otro modelado en el más acabado tipo de la raza blanca. Ante este hecho ¿á que queda reducida la teoría materialista?



REVISTAS TEOSÓFICAS RECIBIDAS

Se han recibido en nuestra Dirección las siguientes:

Sophia — Madrid—Nov.— Cuyo material es: «Carácter Esotérico de los Evangelios» (continuación), por H. P. B.; «Génesis» (continuación), por A. Soria y Mata; «Nuestros antecesores teosóficos más inmediatos, por Isabel Cooper-Oakley; «Diálogos de Platón». Con este número ha terminado *Sophia* la publicación, interesante por diversos conceptos, de las notables conferencias de A. Besant, tituladas «Cuatro grandes religiones».

The Theosophical Review — Londres—Nov.—Su sumario es el siguiente: «Especulaciones científicas sobre la vida», por Glass; «Los sibilistas y los sibilinos» (conclusión), por G. R. S. Mead; «Incidentes sobre la vida del Conde de Saint Germain», por I. Cooper-Oakley; «Utopías sociales», por el Dr. A. A. Wells; «Necesidad y libre albedrío», por A. Besant; «Sabeismo», por Miss Hardcastle; «Clarividencia», por Leadbeater; «La llave de la verdad», por G. R. S. M.

Revue Theosophique — París—Oct.—«¿Tienen alma los animales?», por H. P. Blavatsky; «El hombre y sus cuerpos» (continuación), por Annie Besant;

«Los anales acásicos», por Leadbeater; «Las razas prehistóricas», por el Dr. Pascal, etc.

The Theosophist—Adyar-Madrás—Oct.—«Antiguas hojas de un diario» (continuación), por el coronel H. S. Olcott; «La Teosofía, origen de todas las religiones», por E. Richmond; «Aspectos del tercer Logos», por W. H. Draffin; «H. P. Blavatsky y sus maestros», por N. D. K., etc., etc.

Teosofía—Roma—Oct.—«Voluntad y deseo», por Décio Calvari; «La verdad y la ignorancia», por Giordano Bruno, etc.

Teosophia—Amsterdam—Oct.—«Una de las condiciones de la escuela de Pitágoras», «El Tao-te-King»; «La Teosofía y la ley de población», etc.

The Vahan—Londres—Nov.—Dá cuenta de los trabajos de las diversas Ramas Europeas, así como se ocupa de varias cuestiones referentes á las enseñanzas teosóficas.

También hemos recibido las revistas *Constancia* y *El Mercurio de America*, ambas publicadas en esta capital; y *El Espiritualismo Moderno*, editado en París.

LA FILOSOFÍA POSITIVA

Nos hacemos un placer en trascribir las benévolas y cariñosas palabras con que nos anuncia á la vida esta interesante publicación, dirigida por la inteligente é ilustrada doctora M. Práxedes Muñoz.

«*La Revista Teosófica*—Saludamos con simpatía á este nuevo colega que viene á laborar por el bien, llevando á su frente el significativo lema: *No hay religión más elevada que la verdad.* *La Revista Teosófica* no es una nueva publicación espiritista, como han creído los profanos á la teosofía; ella representa el anhelo de espíritus escogidos que, emancipados de todo prejuicio, se proponen hacer un estudio comparativo de todas las religiones y filosofías antiguas.

Consagran especialmente mayor interés á la ciencia de los arios, hasta ahora casi desconocida en Occidente. El centro de estos estudios reside en Madrás, capital de las posesiones inglesas de la India. La revista, además, como órgano de la Rama argentina «Luz» y persiguiendo los fines de la sociedad teosófica, se propone formar el grupo de una confraternidad universal, invitando á este noble fin á todos los espíritus de buena voluntad, cualesquiera que sean sus opiniones y creencias, para establecer el intercambio de ideas y pensamientos en el seno de la más completa y hermosa tolerancia.

Bien venido sea el simpático colega, que dirige su esfuerzo á trabajar con empeño por la mejora de la Humanidad.»

Reciba nuestra colega la sincera manifestación de nuestro agradecimiento, así como los votos que formulamos por su constante prosperidad.

LA DIRECCIÓN.